

Es deber del soldado saber
que los muertos no ganan las batallas.

Alberto Méndez
Los girasoles ciegos

Eres dos personas, no lo dudes.
Una que mata y otra que ama.

Francis Ford Copola
Apocalypse Now

El nombre de todos los lugares es real.
El resto es pura ficción.

Únicamente la navaja en una de sus manos, que había entreabierto previsor unos minutos antes para que el ruido de sus muelles no lo escuchara el hombre cuya cabeza debía sujetar con decisión, a sabiendas de que tendría que matarlo en silencio, sin gemidos ni estruendo de disparos ni gritos de alarma. La noche, esculpida en un metal oscuro y húmedo, palpitaba en la ventana junto al fuego cuyo resplandor lo había guiado hasta la casa, aunque ya conocía el lugar que llamaban La Celada en los límites de Benámor con Béjar, porque en varias ocasiones había acompañado a su padre en sus labores de buhonero y marchante, y había cruzado la sierra de Los Álamos, y ambos, padre e hijo, habían comido en alguna de aquellas casas solitarias, rodeadas de árboles, alguna fuente o un aljibe, la era para la trilla en verano y el horno, e incluso habían dormido en noches de ventisca o de nieve, en el establo junto al calor de los animales y el rumor de las ratas royendo monótonas el trigo.

Desde Puerto Errado hasta los Olmos había venido en tren, y luego había alquilado una mula en la posada del Victoria y había emprendido aquel viaje verdadera arriba, mientras reconocía las atochas, y la luz de la tarde en primavera, e iba pronunciando en voz baja una salmodia de nombres incomprensibles, que constituían al fin y al cabo todo su equipaje, salvo el astra herrumbrosa provista de un cargador lleno, y una escopeta de caza que pasaría desapercibida en los lugares a los que había decidido dirigirse. Un hombre montado en una

mula negra, cargada con alforjas y una escopeta era casi un ser anónimo en aquellos parajes y nadie se sorprendería de cruzarse en su camino, y ni siquiera lo miraría a la cara.

Sentía en la palma de su mano izquierda el aleteo de la sangre del cuello, que el hombre movía de manera espasmódica, aunque tuviese la certidumbre de que nada ni nadie podría salvarlo, e incluso la seguridad de que el forastero, que olía a mugre y a grasa de caballo, había hecho todo aquel camino hasta allí con el único propósito de matarlo. *No importa si me conoce o no me ha visto nunca. Venía a por mí y todo había sido previsto de antemano.*

Aníbal Salinas repasaba las órdenes que había recibido en un despacho luminoso de la ciudad de donde procedía. No había nada escrito, ni testigos, sólo la voz enérgica de un militar de alta graduación enumerando los lugares y algunos nombres, mientras desplegaba un mapa en una de las paredes e iba señalando las manchas y los claros de aquellos mismos territorios donde Aníbal había venido al mundo y había transcurrido parte de su existencia. Los veía en el cartón del mapa y tenía la extraña sensación de que podría destruirlos en ese mismo instante, cortar en pedazos el lienzo o quemarlo, y que ese gesto lo libraría de la traición y de la vileza, del cumplimiento ciego de unas órdenes que no tenía más remedio que acatar, con el desprecio y el remordimiento de quien no se reconoce en sus actos diarios, de quien descubre a su enemigo en el espejo donde se mira cada mañana mientras se afeita.

El hombre al que agarra por el cuello ha intentado morderle la mano y desasirse con toda la fuerza de sus miembros enardecidos. Ha pateado y se ha removido con violencia pero ha sido todo inútil. Aníbal conoce el modo de sujetar a un hombre con firmeza. Ha estado en la guerra y ha sobrevivido pese a todo; ha formado parte en misiones especiales como la que en este momento le ha sido encomendada. No es un profesional

del crimen. Si hace memoria, no recuerda haber sentido placer en ninguno de sus trabajos, ni en las trincheras, cuando apenas emergía lo justo para sacar el máuser y disparar a ciegas, no porque lo acuciaran los escrúpulos, sino porque el miedo lo sumergía en las zanjadas de barro y sangre, entre los muertos y el hedor de las heces, y era en su fondo donde estaba la vida; ni tampoco en las incursiones al otro lado de las filas enemigas, en misiones nocturnas, acompañado de su propio pelotón al que había ido viendo desaparecer lentamente, cada noche, mientras los soldados ejecutaban las órdenes, temerarias o estúpidas, con la eficacia de un grupo bien entrenado.

Ahora sabe que sólo el azar le ha permitido emprender este último viaje al otro lado, y que el cuello que sostiene con su mano izquierda es la prueba veraz de su victoria secreta o de su deshonra. *No encontré nunca una causa para matar a nadie, pero muy pocos me creerían si lo dijera. No me arrepiento de nada.* Le vino entonces el aroma del monte que traía la brisa fresca de la mañana, y reconoció el olor de la pobreza en la lujuria del romero y la ajedrea, el trabajo y la infancia. Nada podía justificarlo. Nada quería que lo justificara. Se había alistado en el ejército rebelde mientras abandonaba a su padre en un pueblo vengativo y feroz que no dudaría en aplicar una justicia arbitraria. Es verdad que había dejado también a una esposa y a la mujer cuyo rostro mantenía en cada jornada como un fetiche de la fortuna. Volvería, si lograba acabar aquella guerra de animales, para buscar a Elvira, para decirle tal vez lo que nunca había sido capaz de decirle entonces.

Dio un tirón y percibió la sangre afluyendo en las venas del cuello con la urgencia de una llamada inminente. El filo de la navaja oprimía la garganta del hombre cuya identidad ignoraba, pero aún no lo hería, era sólo un amago, una advertencia letal que ambos, la víctima y el verdugo, reconocían de otra época. *Era el miedo, la práctica continua e incesante del miedo. El arma*

implacable y mortífera que más temíamos, el miedo a sentir miedo, no la muerte o la tortura, sino su antesala. Aquel individuo sin nombre a cuya puerta había llamado y al que su padre acaso hubiese conocido por su nombre o por el nombre de su padre, no era en realidad un pistolero peligroso, sino únicamente un evadido, como los otros, restos de una guerra perdida de antemano que vagaban huidos de un mismo miedo y de una sola esperanza. Uno a uno carecían de entidad y de valor, pero su leyenda se había extendido entre los que soportaban los rigores de la escasez y de la represión en las ciudades y en los pueblos, en Puerto Errado o en Los Olmos, en lugares sitiados por el nuevo ejército y por un credo diferente que apenas entendían. Muertos de hambre, ejecutados al amanecer, sometidos a palizas en cárceles infectas, o enmudecidos como estatuas de mármol, quienes vivían bajo la nueva bandera miraban en dirección a los montes y a las estribaciones de la sierra próxima, y albergaban con una actitud infantil y desmedida un pequeño, secreto e inviolable afán de revancha. Era su territorio, la sombra de una victoria imposible, la vuelta a los viejos ideales aplazados, pero era aún más que eso; aquellos hombres se movían en la incertidumbre de una libertad que sólo ellos habían inventado, que era una región propia y exclusiva en la que ni siquiera el ejército o la guardia civil se atrevían a internarse a menudo, como si las fronteras del mundo conocido, los límites de la civilización acabaran en los barrancos poblados de aliagas y chumberas, en las lomas donde crecían los pinos y las carrascas, en las sendas estrechas que conducían a los saladares y a los cerros, desde donde vigilaban día y noche hombres vestidos con harapos, famélicos y desprovistos de cualquier cosa que no fuera aquella terca y obcecada determinación de sobrevivir por encima de todo y un viejo fusil con municiones.

Le rajó la garganta de un solo tajo, sin pensarlo. *Tendría que matarlo antes o después. Igual daba.* No se detuvo a meditar en los estragos que había causado

en aquel cuerpo exangüe, porque una vez que el miedo había ocupado su cabeza y dominaba casi todos sus actos, no hubo lugar ni encontró un solo minuto de tregua para la compasión. No lo habían enviado sus superiores a exterminar los escasos reductos de insurrectos en las sierras de Los Olmos y Puerto Errado sólo porque conocía el lugar, porque era natural de la comarca y no parecería un forastero. Al menos, no había sido ésa la razón más importante. Eligieron a Aníbal Salinas, porque durante toda la guerra, y más tarde, en el periodo de entrenamiento al que había sido sometido y que soportó con un estoicismo ejemplar, había dado muestras de un carácter frío e indomable, de un temperamento en apariencia amistoso bajo el que escondía la condición indómita de una bestia.

Si el hombre hubiese apelado a alguna clase de prejuicios, no habría tenido más remedio que volverse a su casa y olvidar aquellos tres largos años de guerra, el horror de la indigencia, la suciedad y la muerte; las imágenes que no sería capaz de erradicar nunca de su memoria, trastornada y casi enferma, la victoria ignominiosa y la traición a un padre que a buen seguro ya habrían matado en Los Olmos, pese a todos sus intentos de interceder por su vida.

De manera que tuvo la mente en blanco todo el rato, mientras degollaba con decisión a la primera de sus víctimas, al hombre que lo conduciría al resto del grupo, escondido seguramente unos kilómetros más arriba, en pleno campo de Béjar, o más al norte, en San Juan.

Ni siquiera se detuvo a contemplar el espacio donde yacía enterrado el cadáver sin otro signo que el de la tierra removida. Aparejó la mula, dispuso las alforjas y se montó en ella con el propósito de reemprender su camino sin volver la vista atrás.

